

matado un bisonte era uno de los mayores títulos de gloria; y los antiguos poemas cantan y celebran tales hechos y proezas. En la edad media los caballeros combatían con el bisonte, y le daban muerte con su mano. Hoy se caza el bisonte lo mismo que otras piezas venatorias.

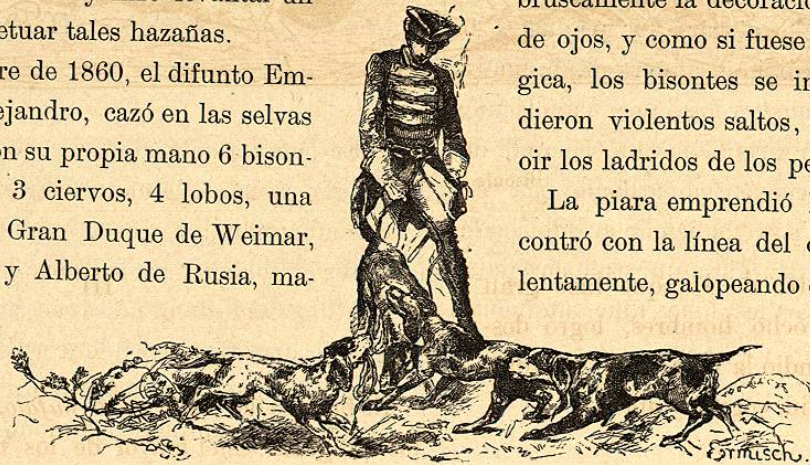
El soberano, cuando llega al bosque de Bialowicza con su gran séquito, tiene á sus órdenes á todos los rústicos y labradores, que le sirven para el ojeo y la batida, reuniendo un ejército de dos á tres mil personas, cuya misión consiste en conducir á la piara de bisontes á un sitio señalado de antemano.

Una columna de 6 metros de altura, con inscripciones escritas en lengua polaca y alemana, se halla en la selva de Bialowicza, y lega á la posteridad el recuerdo de una de estas cacerías brillantes del rey Augusto III, en 1752. Enumera la inscripción todos los héroes que tomaron parte en la expedición, y el número de reses muertas. En un día cazaron 42 bisontes, 13 alces, y 2 ciervos. La Reina,— dice jocosamente un autor,— mató 20 bisontes, sin duda sin interrumpir la lectura de alguna interesante novela.

En aquella cacería hubo torrentes de sangre... de bisontes, por supuesto; pues, por fortuna, por lo que atañe á los cazadores, pudieron, sin peligro, dar muerte á los bovidos fuera del alcance de sus cuernos.

Millares de siervos rodearon á los bisontes, á los que acorralaron levantando una cerca ó empalizada de 2'50 metros. Colocóse á mayor altura, y en la parte exterior del cerco, una plataforma, á guisa de tribuna, y desde allí el Rey de Polonia y su séquito pudieron cómodamente matar á los bisontes. Cuando alguno caía, sonaban alegremente las trompas. El Rey hizo levantar un monumento para perpetuar tales hazañas.

El 18 y 19 de octubre de 1860, el difunto Emperador de Rusia, Alejandro, cazó en las selvas de Bialowicza. Mató con su propia mano 6 bisontes, 2 alces, 6 gamos, 3 ciervos, 4 lobos, una zorra y una liebre. El Gran Duque de Weimar, y los príncipes Carlos y Alberto de Rusia, mataron 8 bisontes. El cronista fué más sobrio que en la anterior caza, que fué menos ruidosa, pero,



en cambio, más sería que la realizada por Augusto III.

En otros siglos, los pecheros y siervos cazaban á hurtadillas y furtivamente, á pie y con lanzas. Los cazadores iban de dos en dos; uno se dirigía en derechura hacia la fiera, procurando herirla mortalmente, mientras el otro daba grandes voces, agitando un paño ó lienzo de color rojo, llamando la atención del bisonte. Los perros también servían de auxiliares en aquellas cazas, para las que se necesitaba gran valor y arrojo, y llenas de azares y peligros.

Dimitri Dolmatow, inspector de los bosques imperiales rusos, describió, en 1849, en un diario inglés, la manera de cazar al bisonte.

Habiendo prometido el Emperador á la reina Victoria que le regalaría dos bisontes vivos para el jardín zoológico de Londres, dió la orden de aprisionar algunos de aquellos bovidos. El Conde de Kisselew se encargó personalmente de cumplir la orden del soberano. La caza se fijó para el día 20 de julio de 1846. Al despuntar el día, 300 ojeadores y batidores, y 80 guardas rurales, llevando fusiles cargados sólo con pólvora, empezaron á cercar con el mayor silencio, hacia el fondo de un pequeño valle, á una piara de bisontes.

Treinta cazadores decididos y valientes, á las órdenes del Conde, penetraron en el valle, avanzando con precaución.

El día era magnífico, y no soplab el viento. Llegados al límite del valle, Dolmatow y su compañero descubrieron á los bisontes acostados sobre un ribazo, rumiando tranquilamente, mientras que los pequeñuelos jugueteaban alrededor de los adultos.

Al sonar el primer toque del cuerno, cambió bruscamente la decoración. En un abrir y cerrar de ojos, y como si fuese obra de una varita mágica, los bisontes se incorporaron primero, y dieron violentos saltos, agrupándose después al oír los ladridos de los perros.

La piara emprendió la retirada, pero se encontró con la línea del cerco, que forzaron violentamente, galopeando con furia y estrépito. Los cazadores lograron su objeto, pues separaron de la piara un pequeño bisonte de 3 meses, que fá-



Bisonte de América

cilmente aprisionaron, y otro de 15, que hizo gran resistencia. Cogido por ocho hombres, logró desasirse, los derribó y emprendió la fuga; pero la jauría le acorraló, y pudo ser, al fin, cogido y atado.

III

El bisonte de América ó búfalo, como lo apellidan los indígenas, es el mayor de los mamíferos de aquel continente. El macho tiene 2'80 á 3 metros de longi-



tud, y 2 metros de altura, variando su peso de 600 á 1,000 kilogramos.

El bisonte de América se parece mucho al de Europa; pero tiene las piernas y la cola más cortas, el pecho más desarrollado, la frente más ancha, y el pelo más largo.

El bisonte de América hállase amenazado de sufrir idéntica suerte que su congénere de Europa. Antes abundaba en casi toda la América del Norte, y hoy ha desaparecido de gran parte de este continente. Cada año se aleja más, y los sitios en que se refugia son más limitados y estrechos. Los blancos y los indios rivalizan con la fauna de aquellas regiones para destruir aquellos salvajes bovidos. Pero la fauna es más lógica y prudente que el hombre, y destruye lo que necesita; mientras que los indios y los blancos matan gran número de bisontes, que no aprovechan y se pudren en las praderas.

Hoy aun pacen y corren por las inmensas praderas del oeste millones de bisontes. Cuando los europeos comenzaron á establecerse en la América del Norte, hallaron al bisonte en todas las costas del Atlántico; pero ya en los albores del siglo XVIII se señalaba como cosa extraordinaria la captura de un bisonte en el cabo Fear River.

Á fines del siglo último, el bisonte abundaba en el Kentucky y en el oeste de la Pensylvania; y hoy es raro ya en la Lousiana y en el Arkansas. Antes, el límite de las comarcas habitadas por el bisonte eran: el septentrional, el gran lago de los Esclavos, y las montañas Rocosas sus lindes occidentales. Durante estos últimos años, los bisontes han emigrado hasta los 65 grados de latitud norte, y atravesado las montañas para buscar un refugio en las grandes llanuras del oeste.

Los cazadores que quieran cazar el bisonte deben dirigirse á las comarcas del norte y del oeste del Misuri, donde se hallan aún gran número de bovidos salvajes. En 1851, Mœlhausen vió centenares de miles de bisontes en las inmensas praderas que se hallan al oeste del Misuri. La mirada, al extenderse en la llanura hasta el horizonte, sólo veía inmensas superficies negras. En 1858, Frœbel, en su viaje desde el Misuri á Méjico, durante ocho días caminó entre rebaños de búfalos.

Los bisontes cambian de morada según las estaciones. En verano se desparraman por las llanuras; en invierno se reúnen y se encuentran en el seno de las selvas.

Cada año los bisontes emprenden largas peregrina-

naciones. En julio descienden al sud, hacia las regiones fértiles del Arkansas; en la primavera vuelven al monte, pero divididos en pequeños rebaños. Estas emigraciones se realizan desde el Canadá hasta las costas del golfo de Méjico, y desde el Misuri hasta las montañas Rocosas.

Sin ver á los bisontes puede adivinarse su proximidad por el sinnúmero de lobos que les siguen, y águilas y cuervos que junto á ellos revolotean para satisfacer su necesidad con los cadáveres de los bisontes que quedan en la llanura.

Los bisontes siguen invariablemente los mismos caminos, y van desde los sitios donde pacen á los ríos donde abreven, y apagan su sed y se bañan. En sus viajes siguen los caminos á través de las praderas, apellidadas por los indígenas *senderos de los búfalos*.

Uno de los espectáculos más característicos y curiosos es la lucha de los bisontes: escarban con violencia el suelo, bajan la cabeza, mughen estruendosamente, y se precipitan uno contra otro, chocando las cabezas con furia.

El bisonte no es torpe y perezoso como afirman algunos; y, bien que pesado en la apariencia, es tan ágil como forzudo. Su marcha no es lenta como la del buey; su paso es apresurado, y su galope tan rápido, que un caballo á escape á duras penas puede alcanzarle. Nada durante mucho tiempo y maravillosamente. Clarke vió á un rebaño de bisontes atravesar el Misuri por un sitio donde el río tenía cerca 2 kilómetros de anchura.

Los bisontes atraviesan las grandes corrientes de los ríos rápidamente y formando apretada columna, unos detrás de otros.

El oído y el olfato son los sentidos más desarrollados del bisonte de América. En cambio su vista es pobre, no por defectuosa organización, sino porque las espesas crines que engalanan su cabeza le impiden ver bien.

La inteligencia de los bisontes es semejante al de todos los bueyes salvajes: dulces mientras no están excitados, se truecan en feroces y terribles cuando se apodera de ellos la cólera.

La voz del bisonte es una suerte de sordo mugido; y, cuando en el seno misterioso de los bosques se oyen, allá lejos, en las praderas, las voces de miles de bisontes, semejan los ruidos pavorosos del trueno.

El régimen alimenticio de los bisontes varía según las estaciones: en verano halla en las praderas cuanto necesita para su sustento; pero en invierno su existencia es más precaria, y el frío y el hambre ocasionan grandes hecatombes de aquellos animales.

Los bisontes tienen por enemigo al oso gris hambriento, que no vacila en atacarlos para saciar su voracidad; pero los enemigos más terribles son los hombres, los *pieles rojas* y los blancos, que hacen cruda guerra á los bisontes, y avanzan cada año en su obra de destrucción.

«En otro tiempo,—dice Mœlhausen,— y cuando el búfalo podía considerarse como animal doméstico de los indios, los bisontes crecían y se multiplicaban en las grandes praderas; pero aparecieron los blancos, que estiman útil la piel y la carne del búfalo, y solicitaron de los indígenas el cambio de los despojos de aquel animal con armas y brillantes baratijas. Entonces comenzó el exterminio de aquellos bovidos salvajes: millares de búfalos fueron cazados, y su número disminuyó. Los indios, ávidos de procurarse objetos que halagaran sus sentidos, no vacilaron en sacrificar el porvenir al presente; y no está muy lejos el tiempo en que las praderas indias se verán despobladas de búfalos, y quedarán sin sustento trescientos mil indígenas.»

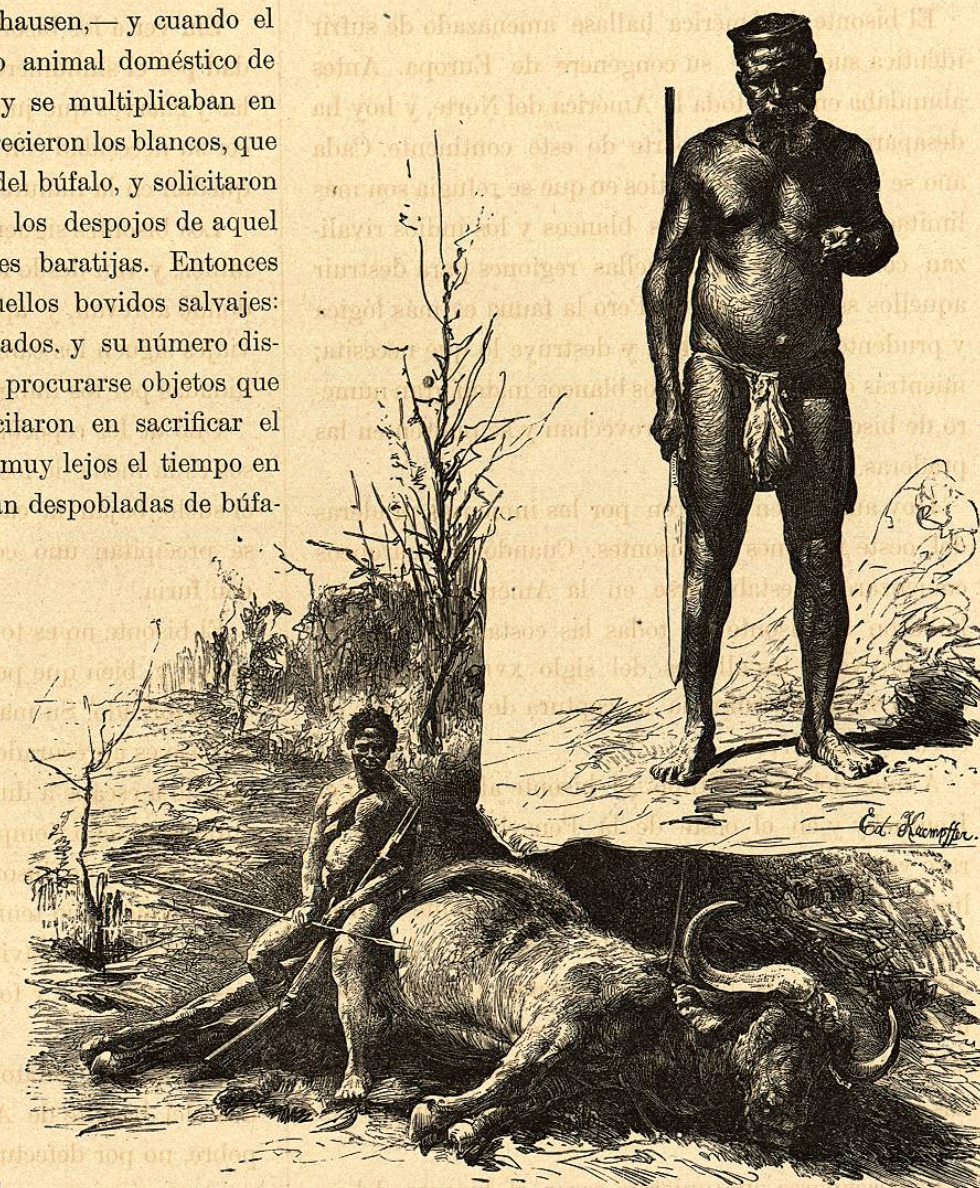
Se cazan los bisontes de diversas maneras. El indio de las praderas, montado sobre un caballo duro á la fatiga, y que ha cogido salvaje y libre en las estepas, realiza verdaderas maravillas.

Los *pieles rojas* se despojan de toda prenda inútil y que pueda embarazar los movimientos: arrojan la silla y el traje, y gobiernan el caballo sólo con la presión de las piernas y una correa de cuero, larga de 12 metros, que, en el caso de una caída, le sirve para alcanzar el caballo.

El guerrero de las praderas lleva en su mano izquierda el arco y las flechas, y en la mano derecha el látigo. Rápido como el rayo, cruza velozmente el espacio en busca de su presa. Allá á lo lejos se oye como el lejano ruido de la tempestad que se aproxima; es el ruido que produce una manada de búfalos.

Una mancha negra, compacta, aparece en el horizonte; el corcel relincha estrepitosamente, lanzando humo por sus narices de fuego. El indio divisa claramente á los búfalos, vibra la cuerda del arco, y la flecha, certeramente dirigida, atraviesa á la víctima. El caballo da un salto de lado, que evita el terrible en-

cuentro del bisonte herido, que se lanza furioso sobre el indio. La caza continúa sin cesar, y tras una pieza otra; hasta que, extenuados, rendidos al fin los *pieles rojas*, dejan el campo cubierto de bisontes heridos, maltrechos ó muertos.



Zuli cazador de búfalos

¡Cuánto valor y destreza se necesita para salir airoso en semejantes combates!

Cuando ha huído del campo de batalla la manada, compuesta de centenares de búfalos, entonces los vencedores sacan provecho del botín, desollando los bisontes, poniendo á secar su piel, y cortando sendas tajadas de carne, que les sirven para vivaquear; y el resto es abandonado á los lobos y á las aves de rapiña.

Otras veces los *pieles rojas* cazan sigilosamente los búfalos salvajes por medio del artificio.

El indio camina cubierto con pieles de lobo, incli-